

# LA SALUBRIDAD EN BUENOS AIRES EN LA PRIMERA DECADA DEL SIGLO XIX\*

*por la Prof. Susana R. Frías*

Hablar de la salud de una población en cualquier época resulta una tarea impropia. Los primeros años del siglo XIX no constituyen una excepción, y encarar este tema desde sus múltiples facetas implicaría un tiempo difícil de condensar en el curso de una conferencia.

Son varios los ángulos desde los cuales podría encararse el tema; podría, por ejemplo, hablarse de los médicos, su formación profesional, sus modalidades curativas, su status social; o bien enfocarlo desde el punto de vista de la atención hospitalaria, hablando entonces de quiénes iban al hospital, qué recibían en él, cómo eran los hospitales y cuál su organización. Hay un aspecto del tema acerca

del cual los repositorios nacionales, especialmente el Archivo General, nos brindan una rica documentación: efectivamente, no es difícil hallar listas de medicinas confeccionadas con los más variados fines: están las de los botiquines de ejército o los pedidos desde los fuertes de frontera y desde la costa patagónica; las que reflejan los gastos mensuales de alguno de los hospitales, o las que llevaba al boticario para control de sus ventas, o bien en ocasión de una operación de compra o arriendo, o el inventario completo de alguna botica.

Todo este material es valioso para la reconstrucción de la farmacopea de la época, para conocer las operaciones farmacéuticas más frecuentes, las fórmulas magistrales, las novedades medicinales de antaño; es una documentación útil, en última instancia, para reconstruir un aspecto de la vida cotidiana de una población en una época

determinada.

Es justamente mi intención dar vida a la farmacopea del mil ochocientos utilizando como base uno de los inventarios más completos que conozco, y cuya importancia reside en haber sido confeccionado sobre las existencias de la botica del Hospital de mujeres de Buenos Aires.<sup>1</sup>

El Dr. Ruiz Moreno hizo mención de este extenso documento en su obra sobre el hospital, transcribiendo la lista de libros de medicina que poseía la botica.<sup>2</sup>

El Hospital de Mujeres u Hospital de Caridad tenía en 1801 —época del inventario— algunas décadas de existencia. Sabemos que en 1774 había comenzado a funcionar en forma eficiente y definitiva a cargo de la Hermandad de la Caridad, fundación piadosa con fines benéficos que lo administró hasta 1822.

En el año 1777 una Real Cédula

---

\* Conferencia pronunciada en la Sociedad Argentina de Historia de la Farmacia, el 19 de agosto de 1977, por Susana R. Frías.



había otorgado al hospital y al Colegio de Huérfanas —este último también a cargo de la Hermandad— el disfrute de la estancia de las Vacas, en la Banda Oriental: 2.000\$ por año, durante ocho, y la botica que había pertenecido a los jesuitas. De ese modo, hospital y colegio no sólo disfrutaban de allí en más de una renta, sino que tenían su propia provisión de medicinas sin necesidad de recurrir a los boticarios de la ciudad. La botica estaba situada en la esquina de la Ranchería, pero en 1789 la Hermandad consiguió trasladarla a dos cuartos de alquiler de la viuda de Francisco Alvarez Campana, situados en la misma acera de la Iglesia de San Miguel, quedando luego para los fondos del Hospital.

La cofradía contrataba un farmacéutico para que se encargase de administrarla. En 1801 cumplía esas funciones Don José Moreno, quien según parece lo hacía ya desde algunos años antes; pero ese año hubo de renovarse el contrato que regía las obligaciones de ambas partes, y con ese motivo se inventarió la botica.

Era obligación de Moreno, según el contrato, suministrar las medicinas necesarias a ambas instituciones, por lo cual recibía un estipendio anual; la Hermandad cobraba las estancias de las esclavas y las mujeres blancas, descontando una parte de esta ganancia para el pago de Moreno. El contrato podía ser rescindido en caso de faltar Moreno a sus obligaciones, o bien si alguno de los médicos del hospital elevaba quejas a la Hermandad sobre sus servicios.

En la misma fecha en que se celebraba este contrato, se nombraba a Francisco Salvio Marull celador e inspector de la farmacia. Los fundamentos de este nombramiento expresaban que:

"... conviene a beneficio de los mencionados piadosos establecimientos para la mejor dirección y administración de dicha botica".<sup>3</sup>

Marull, en quien se reconocían tanto excelencias morales como cualidades profesionales, era el proveedor oficial de medicinas de la Real Hacienda. Ejerció el nuevo cargo exactamente un año, pues en enero de 1802 presentó su renuncia al Hermano Mayor de la Hermandad fundamentando-

la en motivos de salud.

El inventario que se confeccionó en 1801 fue realizado por el Administrador del Hospital acompañado por dos miembros de la Junta de Gobierno de la Hermandad y por los boticarios Diego Marengo, Manuel Hermenegildo Rodríguez y Antonio García Posse. Esta comisión estuvo encargada no sólo de detallar prolijamente todo cuanto de útil o inservible hubiera en la farmacia, sino también de tasar sus existencias.

### La botica

Comencemos por situarnos en la botica, y con un poco de imaginación y los datos que nos provee el inventario, procuremos reconstruir su fisonomía.

Una de sus paredes estaba cubierta con armazones de madera con varios órdenes de cajones; apoyada sobre éstos se levantaba una estantería con sus correspondientes puertas de vidrio, como las que hasta hace poco se veían en algunas farmacias capitalinas. En otro de los muros de nuestra botica se apoyaban una serie de estantes, también con cajones; si éstos tenían las llaves echadas era porque en ese lugar se guardaban las sustancias venenosas.

Las estanterías estaban cubiertas de un sinnúmero de frascos de las más variadas formas, tamaños y materiales: los había de cristal, cuadrados y redondos, de boca ancha o pequeña, con capacidad para 12 onzas, para 1/2 libra, para más de una; se encontraban tapados o no, vacíos o llenos; junto a ellos se alineaban correctamente una serie de botes de vidrio, de loza, de estaño y de madera. Más allá, en otro estante, sobresalían las limetas de vientre ancho y corto; los frascos de frasquera, en cambio, no se hallaban a la vista: su color verde y la caja en la que se acondicionaban los hacía útiles para contener sustancias que debían ser protegidas de la luz.

Frente a la puerta se hallaba la mesa de despacho, en la cual no faltaban las dos hileras de cajones; alguna otra mesa se ubicaba en un ángulo iluminado de la oficina: sobre ella el boticario explicaba a sus ayudantes alguna operación farmacéutica.

Seguramente, delante de la mesa

de despacho en el suelo, habíase ubicado uno de los alambiques que poseía la farmacia, tal vez el de cobre, habiendo quedado arrumbado y en desuso el ya viejo de latón. Con mucho más cuidado trataría Moreno las retortas, especialmente si eran de vidrio; en cambio, las de fierro estarían en el suelo, junto al alambique.

En la botica de la Hermandad había repuestos para todas las partes del alambique; varios de esos misteriosos cajoncitos que acabo de describir guardaban cabezas de cucurbitas, y algunos de estos recipientes en loza, vidrio o porcelana. No puede extrañar este material tan completo, ya que en la farmacia no sólo se destilaba el agua sino que se producían alcoholatos y esencias de plantas, y retortas y alambiques se utilizaban para purificar o rectificar sustancias volátiles.

En lugar destacado de la oficina debía estar el almirez de bronce, apoyado sobre su enorme pie de madera; junto a él, otros morteros de piedra, más pequeños, lo que permitía al especialista una rápida elección del más adecuado para pulverizar, triturar o simplemente machacar la sustancia que debía quedar reducida. Cerca de los morteros había un buen número de cedazos de alambre, porque inmediatamente la sustancia hecha polvo debía ser tamizada; según la densidad que quisiera darse al polvo se elegía un tamiz más o menos fino de los varios que había a la mano.

Sobre la mesa de despacho había una balanza grande con su correspondiente juego de pesas; era ésta de uso diario porque en ella se pesaban las dosis correspondientes a cada enferma del hospital. Otra balanza, más pequeña y delicada, estaba resguardada por la puerta-vidriera de la estantería.

Sobre otra mesa había dos prensas, de hierro y de madera. A su acción compresora se sometían —envueltas en telas de lana— las sustancias que salían convertidas en zumos o bien en aceites; estos últimos, así obtenidos, recibían el nombre de aceites por expresión.

Gran cantidad de embudos se alineaban en otro estante, tal vez junto a las medidas de plata, o bien colgando junto a espátulas y espumaderas.

Algunas sillas completaban el mobiliario de la oficina, mientras en al-



gún rincón dormían los instrumentos fuera de uso y una mesa desvencijada.

#### Bibliografía médica

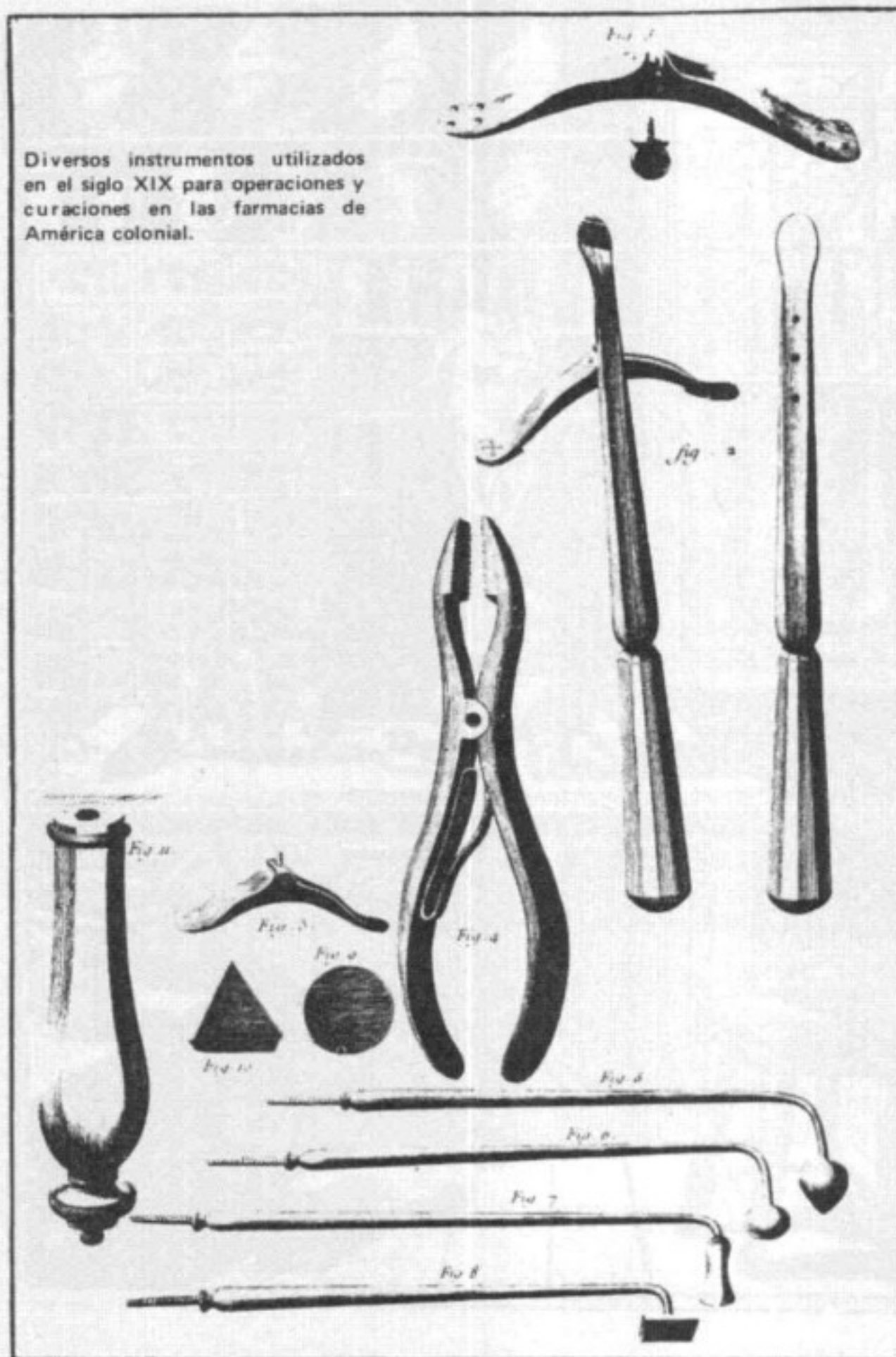
Otra estantería —ésta sin cajones— estaba íntegramente ocupada por libros. Había entre ellos algunos ejemplares curiosos junto a otros que eran las obras más importantes de su época. Se alineaban algunos libros religiosos, que tal vez hubieran quedado de la época jesuítica, como un *Discurso Seráfico* y un *Martirologio Romano*. No faltaba un *Vocabulario* del célebre Nebrija y un raro ejemplar titulado *Lunario de un siglo*, que consistía exactamente en un calendario de cien años. Hay algunos que resultan difíciles de ubicar, ya porque figura en el inventario sólo el nombre del autor —el que hoy ha perdido significación—, ya porque se lo menciona sólo por el título y sin ningún otro dato. De estos últimos se mencionan, por ejemplo, dos *Tratados sobre armas de fuego*, un *Examen Farmacéutico*, un *Formulario Quirúrgico* y un *Fundamento o Instrucciones Médicas*. La falta de referencias torna dificultoso aventurar un autor o una fecha y, en algún caso, hasta determinar el contenido.

Entre las obras de importancia, contaba la botica con dos de Sydenham, de las que desgraciadamente el inventario omite los títulos. Este inglés fue uno de los médicos más célebres de la Europa del siglo XVII. Al mismo tiempo que Sylvio en Alemania hizo observaciones sobre las epidemias abriendo camino a las investigaciones de Giovanni María Lancisi —quien desarrolló la teoría del contagio a partir de las aguas estancadas—, Sydenham también esbozó importantes principios diagnósticos. Algunas de sus obras fueron traducidas al español, siendo seguramente una de estas últimas la que descansaba en los anaqueles de la botica.

En el inventario figura también una obra titulada *Matritense*, de Sylvio. No tengo la seguridad, pero pareciera que se trata del contemporáneo de Sydenham, Francisco de la Boe Sylvio, el médico alemán a quien se le reconoce —además de sus observaciones epidemiológicas— la paternidad del sistema médico-quimiátrico. El título de *Matritense* podría estar







Diversos instrumentos utilizados en el siglo XIX para operaciones y curaciones en las farmacias de América colonial.

indicando una edición madrileña de una de sus obras.

Dos tratados de cirugía sobresalen del conjunto: se trata de los de Juan de Vigo y Juan Fragoso. El primero es más antiguo y nos remonta al siglo XV, época en que vivió el autor —médico de Julio II—, aunque su fama sobrevivía aún en el siglo XIX gracias a algunos de sus remedios, como el emplastro que lleva su nombre.

Fragoso, considerado no sólo médico sino también botánico, vivió en el mil seiscientos y publicó sus observaciones acerca de las plantas y de las medicinas simples que se importaban de Oriente y América en varios libros. Escribió, además, un **Catálogo de los medicamentos simples**, y la obra que nos ocupa, cuyo título completo era **Cirugía universal**, de la cual se hicieron varias ediciones.

De mayor actualidad era el **Curso de Química** de Nicolás Lemery, cuya primera edición databa de fines del siglo XVII, pero que se mantuvo vigente durante muchos años del siguiente. Fue Lemery célebre por sus libros y por los cursos públicos de Química que dictaba en París y a los que no sólo concurrían los especialistas, sino mucha gente con afán de aprender y que quedaba encantada con las explicaciones del profesor.

La farmacopea más moderna que poseía la farmacia era la de Félix Palacios, español de siglo XVIII, de gran fama en su época. El título completo de la obra es una verdadera curiosidad bibliotecológica y más que título debería considerárselo resumen o descripción del contenido por su extensión y detalle.

Se conocen de esta obra —dedicada al protomédico de los ejércitos españoles— cinco ediciones, la primera de 1706 y la última de 1792. Estas tuvieron gran circulación por lo menos en nuestro país: en 1728 en un embarque de libros llegado al Río de la Plata, figuraba la farmacopea de Palacios, que también formaba parte de la biblioteca del boticario Francisco Salvio Marull. Incluso el convento bethlemítico de Córdoba —que regía el hospital de San Roque— poseía un ejemplar de ella, al menos en 1813 se contaba entre los libros de la biblioteca.

En alguna de las numerosas edicio-



nes, Palacios incluyó el procedimiento para la preparación del fósforo que Lemery explicaba en su Curso de Química. No puede extrañar esta transcripción por cuanto el propio Palacios fue el traductor castellano de dicha obra, a la cual agregó anotaciones propias.

No fue la **Palestra Farmacéutica** de Palacios la única obra de activa circulación entre nosotros; también las de Sydenham y las de Vigo y Fragoso figuraron en las bibliotecas de los hombres de ciencia del Río de la Plata.

Al inventariarse nuevamente la botica del Hospital en 1803, todas las obras mencionadas figuraban con cargo de préstamo al doctor Agustín Eusebio Fabre. Como médico del Hospital y el colegio, tenía Fabre fácil acceso a esta biblioteca y puede suponerse que estos libros le serían de gran utilidad para preparar sus clases de la cátedra de Anatomía y Cirugía cuyos cursos habían comenzado en 1801.

### Los inventarios

Veamos ahora de qué modo fueron inventariados los medicamentos existentes en la botica.

Los farmacéuticos encargados los ordenaron separándolos en: aguas, simples y compuestas; jarabes, colirios, zumos y vinos, aceites comunes y esenciales, ungüentos, emplastos, extractos, confecciones y conservas, bálsamos y tinturas, espíritus y sales, polvos y preparados, trociscos y píldoras, semillas, gomas y resinas, escaróticos y mercuriales y simples.

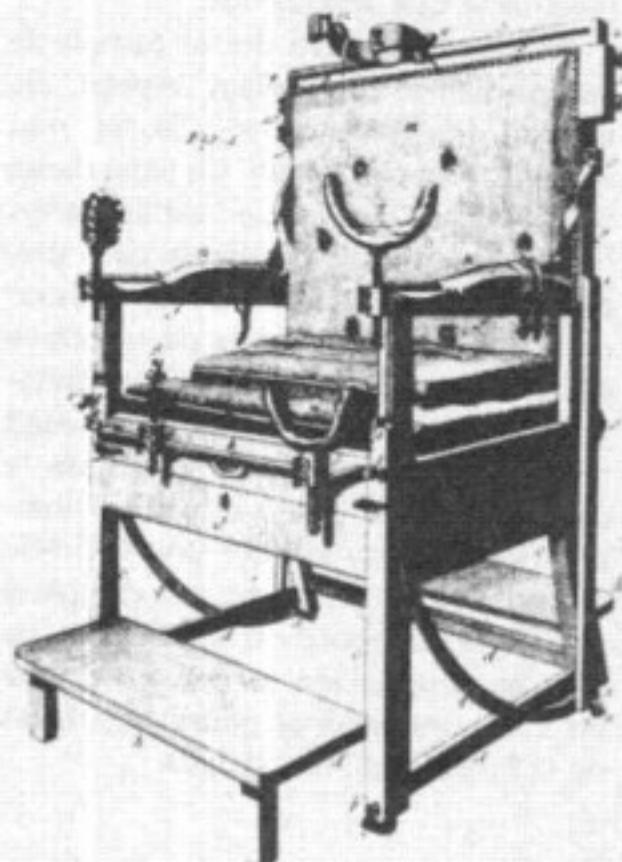
Esta forma de ordenamiento era frecuente en los inventarios, así como en las listas para botiquines de ejército, contrariamente a otras clasificaciones más elaboradas utilizadas por los autores de la época en sus Tratados de terapéutica y de Materia Médica. En estos últimos, cada tratadista elegía el orden que le parecía más adecuado o mejor adaptado a los fines de la enseñanza, o bien organizaba su clasificación según la concepción médica por la cual se regía. De ese modo, algunos autores dividían las medicinas en dos grandes grupos, según actuasen sobre los sólidos o los fluidos del organismo; otros, según su acción,

ubicando las medicinas de acuerdo a su carácter: el de alterantes o el de evacuantes. Un tercer tipo de ordenamiento —sin ser éstos los únicos empleados— era el que las clasificaba según la región del organismo sobre la que actuaban, de lo cual resultaba que existían medicinas para las vías respiratorias, para el sistema nervioso, para los órganos de los sentidos, etc.

Se hablaba también en la época de medicamentos simples y compuestos, según fuesen usados tal como la naturaleza los ofrecía o mezclando varios de ellos, ya con el fin de aumentar su eficacia, o bien para atemperar la virtud de alguno de los componentes. Hoy podría ser de interés para el investigador reordenarlos considerando el reino de la naturaleza al cual pertenecen, pues todos los simples provenían necesariamente de uno de ellos. Así ordenados se aprecia que el grupo más reducido es el de origen animal, siendo al mismo tiempo el de características más curiosas. Figuraban en el inventario que nos ocupa algunas medicinas de esta procedencia: por ejemplo, el almizcle —usado hoy en perfumería— pero que tenía entonces aplicación medicinal; el castoreo —una sustancia sólida que de acuerdo con su nombre se extraía del castor y se aplicaba como antiespasmódico—; el esperma de ballena —proveniente en realidad del cachalote y que era una sustancia existente entre su cerebro y los huesos del cráneo—; he mencionado los más raros, pues otros pertenecientes a este reino natural eran de uso más frecuente, como el cuerno de ciervo o las cantáridas.

Era abundante la cantidad de minerales de uso medicinal: por ejemplo, el albayalde —cuyas cualidades tóxicas lo hacían recomendable para uso externo exclusivamente—; muy usada era también la trementina, pero sólo en sus variedades veneciana y suiza, únicas de uso terapéutico. Algunas ocultaban su origen tras ingenuos nombres, como en el caso del oxisulfuro de antimonio, al que se conocía como kermes mineral, o el cardenillo que era acetato de plomo, o el protóxido de plomo fundido conocido como litargirio. De todos estos minerales —como de muchos otros— poseía la farmacia cantidades respec-

Silla de cirugía





bles, por lo menos así consta en el inventario que analizamos.

Mucho más vasto era el campo de las medicinas de origen vegetal. Se usaban diferentes partes de las más variadas especies según sus cualidades terapéuticas, y a veces varias partes de una misma planta servía para preparar distintas formas de un mismo remedio. Las existencias de la botica de la Hermandad dan amplio testimonio de esta abundantísima variedad mencionando raíces, como las de la calaguala, la de la altea, la del ruibarbo; flores, como el palo rosa o el sauco, no podían faltar en tan completa lista como tampoco las útiles hojas de sen, enebro, jalapa o achicoria, por no citar sino algunas pocas variedades de la larga lista inventariada.

### Medicamentos

He dicho ya que uno de los más usados medicamentos del reino animal eran las cantáridas. Es éste un insecto coleóptero aproximadamente de tres gramos de peso, de olor nauseabundo y de un color amarillo verdoso. Se utilizaba este insecto pulverizado, para lo cual se lo hacía perecer en vinagre disuelto en agua; resultaba de esta operación un polvo gris oscuro pero salpicado de partículas verdes brillantes.

Era utilizado en medicina por contener un principio vesicante llamado cantaridina, por cuya acción se lo reconocía como un epispástico de uso externo y de gran utilidad en afecciones crónicas, o bien cuando era necesario dar nuevas fuerzas al organismo.

La mayoría de los autores de la época coincidían en afirmar que se

trataba de un poderoso veneno, aconsejando su prohibición para usos internos.<sup>4</sup> Sin embargo, no faltaban los que lo recomendaban como diurético, mientras otros lo consideraban de utilidad en la cura de la hidrofobia, la leucorrea o la hidropesía y algunos querían incluirlo en el tratamiento de la diabetes. En todos estos casos debía ser administrado en forma de tintura, en una dosis que oscilaba entre seis y doce gotas en algún vehículo apropiado.<sup>5</sup>

Juan Madera, médico porteño egresado de las aulas del Protomedicato y autor del único tratado de Terapéutica que hasta el momento se conoce de esa época en nuestro territorio, reconocía que el abuso de las cantáridas ingeridas podía provocar inflamaciones del sistema urinario, por lo cual recomendaba mezclarlas con al-



cohol o con alguna emulsión.<sup>6</sup>

En nuestro inventario aparecen las cantáridas mencionadas como un medicamento simple, aunque también parece haber existido en la botica en forma de tintura, lo cual indicaría que, a pesar del riesgo, se la administraba como un medicamento interno.

Poseemos referencias posteriores a 1801 de su uso en nuestra ciudad; en la mayoría de ellas aparece frecuentemente bajo la forma de polvo y de tintura. Las más interesantes menciones que poseemos son dos recetas del Dr. Pedro Roxas para presos de la Cárcel Pública, fechadas el 8 y el 13 de junio de 1826; en ambas, Roxas recomendaba una mezcla de tintura de cantáridas y alcohol de romero para uso externo.<sup>7</sup>

Otro de los medicamentos animales más corrientes en la época eran los cuernos de ciervo. Aunque parezca extraño, nuestros antepasados sabían que las astas contenían mucha gelatina, cuyos principales componentes son el fosfato y el carbonato de cal. Los autores de la época lo consideraban un específico útil en las diarreas. Se los utilizaba reducidos a polvo o bien calcinados. A excepción hecha de la mención en el inventario —en el que figura como simple y como polvo— únicamente he podido hallar otra referencia en el período comprendido entre 1800 y 1830; mezclado con no menos raros específicos, era recomendado como antiespasmódico infantil en un trabajo presentado a la Academia de Medicina en 1823 por el Dr. Vicente López y Planes.<sup>8</sup>

Entre todas las medicinas de origen mineral mencionadas en el inventario, tal vez el **alumbre** sea el que ofrece mayor interés, por ser una de las sales de uso más frecuente en nuestro medio. Los autores de la época le reconocían propiedades para actuar tanto interna como externamente; en el primero de los casos era administrado en diarreas, hemorragias uterinas y leucorreas. Estaba considerado un poderoso astringente, pero que debía ser dosificado cuidadosamente pues en dosis altas provocaba cólicos, náuseas y hasta envenenamiento. Mezclado con medicinas amargas era utilizado como febrífugo, pero su verdadero uso era externo;

como poderoso hemostático se recurría a él en todo tipo de hemorragias, aunque también se lo usaba para curar aftas u otras afecciones de la piel, así como las de la boca y de la conjuntiva.

Probablemente se lo necesitara con frecuencia en el hospital, ya que sus cualidades hemostáticas lo hacían útil en intervenciones quirúrgicas; quizá por la misma razón figuraba entre las medicinas compradas por el Hospital Bethlemítico en 1819<sup>9</sup> o las que formaban los botiquines del fuerte Río Negro o del Independencia.<sup>10</sup> De gran utilidad debió ser en los ejércitos, aunque sólo podemos avalar esta suposición haciendo referencia a su inclusión en los botiquines del ejército del Alto Perú<sup>11</sup> o del de la guerra con Brasil.<sup>12</sup>

De tanto uso como las sales eran los **alcoholatos** —resultado de la destilación del alcohol con una o más sustancias aromáticas—. Eran más conocidos entonces con el nombre de espíritus. Los más usados en nuestro medio fueron el nitro, el vino rectificado, la trementina y el éter sulfúrico, entre otros.

El éter sulfúrico es un líquido de olor fuerte y penetrante, sin color y cuyo sabor es "caliente y picante".<sup>13</sup> En su tratado de Terapéutica, el porteño Juan Madera lo recomendaba para las alteraciones de las propiedades vitales de los nervios y el cerebro.<sup>14</sup> Para la mayor parte de los autores de la época era un medicamento útil en cualquier afección espasmódica, convulsiva o nerviosa.

Esta medicina tuvo también popularidad en la fórmula difundida por Hoffman —uno de los fundadores de la terapéutica de los excitantes—. Consistía en éter sulfúrico alcoholizado y era vulgarmente llamado licor anodino mineral. Fue justamente en la botica del Hospital de Mujeres —hacia 1804 regentado por Antonio Ortiz Alcalde— donde por primera vez se ofreció al público esta preparación, la que fue publicitada en un periódico de la ciudad.<sup>15</sup>

Los ejércitos patrios incluyeron el éter entre sus medicamentos, tanto por su utilidad contra el tétanos como por sus propiedades anestésicas para operaciones menores.

Los periódicos porteños, que fue-

ron importantes difusores de los descubrimientos y avances en medicina, recogieron noticias de Europa y Estados Unidos sobre el uso de este alcoholato.

En 1803 se refería a él el **Semanario de Agricultura, Industria y Comercio**, transcribiendo una receta del Dr. Bourdie de París para la cura de la tenia.<sup>16</sup> Veintitrés años después, Madera recogía en su libro esta receta, pero sin mencionar su origen.

La **Abeja Argentina** transcribía en 1822 un artículo del Diario de las Ciencias Médicas y Físicas de Filadelfia en el que se recomendaba el éter sulfúrico para hacer inhalaciones; el autor proponía hacer una tintura con cicuta para aumentar su poder.<sup>17</sup>

El licor anodino mineral de Hoffman era considerado por el Protomedicato de Buenos Aires como un remedio poderoso y violento, de efectos comparables al del ácido nítrico, el tártaro emético o el kermes mineral. Debía ser vendido por granos o escrúpulos, entrando en la clase de aquéllos que aumentaban su precio aunque la cantidad por administrar fuese muy pequeña.

La **Abeja**..., siguiendo al periódico de Filadelfia, proponía mezclar una cucharadita de café de este licor con otra igual de láudano e inspirarla por lapsos de media hora. Se curaban de ese modo los catarros, las ronqueiras y la coriza rebelde.

Resultan interesantes estas últimas aplicaciones del éter sulfúrico porque no eran las que comúnmente proponían los autores de la época.

No puede hablarse de medicinas minerales sin mencionar siquiera una de las más conocidas de la época y considerada como el remedio por excelencia para la cura de los males venéreos: me refiero al ungüento de mercurio, utilizado por primera vez en el sitio de Nápoles por el médico italiano Berengarius para curar el mal gálico a las tropas de Carlos VIII; por esa razón se lo llamó también ungüento napolitano.

## Medicina y Botánica

Seleccionar entre las medicinas de origen vegetal alguna que sirva de ejemplo sobre los usos de la época, significa dejar de lado un conjunto va-



*POLYGALE Virginiana folijs alternis, floribus in thyrsis axillis  
radice. Macropharinetæ — siliqua*



liso de otras muchas que tienen igual o mayor importancia que las elegidas.

Los simples vegetales cubrían todo el campo terapéutico y aún hoy quedan algunos que no han podido ser reemplazados en ciertas fórmulas medicinales o en la cura de determinados males.

Había, en 1800, vegetales considerados estomáquicos, otros de propiedades antihelmínticas; se conocía además una gran variedad de sudoríficos, febrífugos, tónicos y expectorantes. El descubrimiento de América había venido a aumentar en forma sorprendente la flora medicinal conocida, y Europa tuvo que incorporar medicinas ya usadas por los indígenas y descubrir las propiedades de otras.

Entre nosotros, el Protomedicato incentivó —cumpliendo estrictamente las Leyes de Indias— el estudio de los vegetales de la región, lo cual supo-



nía, entre otras, la enorme ventaja de evitar las importaciones desde España, que indignaban al protomédico Gorman porque el largo viaje no sólo alteraba sus propiedades, sino que aumentaba en exceso sus precios.<sup>18</sup>

El país tuvo también el honor de contar con notables botánicos de la época que se instalaron aquí con el fin de estudiar nuestra flora; baste mencionar los nombres de Tadeo Haencke o de Amadeo Bompland para medir la importancia de las investigaciones botánicas realizadas en esas décadas.

El alcanfor es una resina vegetal sólida, fragante, sumamente inflamable; es de sabor acre y muy activa. Tuvo gran difusión del sistema nervioso: neuralgias, convulsiones, espasmos. Se la utilizaba también como inhalante en afecciones histéricas y en el síncope. Externamente era recomendada para los dolores reumáticos, la gota y las neuralgias. Era, además, uno de los más eficaces antidotos de las cantáridas.

Sus cualidades múltiples la hacían medicina imprescindible en los hospitales y en los ejércitos. El Dr. Cignoli hizo ya referencia a los desesperados pedidos de Juan Martín de Pueyrredón cuando estaba al frente del Ejército del Norte, solicitando a Buenos Aires que le enviase el específico.<sup>19</sup> Poseo otras referencias acerca de su utilidad en los botiquines militares. Junto con el opio y el almizcle era considerado remedio por excelencia en las convulsiones provocadas por el tétanos, llamado también en la época pasmo real.

El Dr. Juan Madera recomendaba usarlo en la forma de alcohol alcanforado para la cura de úlceras gangrenosas y proponía fricciones alcanforadas para moderar la irritación e inflamación del sistema urinario.<sup>20</sup>

Algunas corrientes terapéuticas de comienzos del siglo XIX consideraban la enfermedad como un estado tóxico del organismo, morbo sobre el cual debía actuar la medicina con el fin de eliminar las sustancias que producían la intoxicación.

Juan Rancé, autor de fines del siglo anterior, consideraba:

la salud, condición sin la cual la economía animal está turbada: el estómago y el intestino son ordinariamente los primeros que se hallan en embarazo. Los humores que se descargan en estos órganos son muchos y nunca es perfecta la forma de hacerlo; de aquí nacen la mayor parte de las enfermedades internas y es por eso, especialmente en las agudas, que se recurre a los catárticos para evacuar las materias que embarazan las primeras vías.<sup>21</sup>

En el párrafo transcripto se exponen claramente las razones que, en mi opinión, hacían de los purgantes una de las medicinas de mayor uso en la época. Se recurría a ellos tanto en el caso de individuos sanos como de enfermos; a los primeros se les administraba con el fin de que siguieran gozando de buena salud y, según la expresión de Vicente López, como un medio de educación moral; a los que enfermaban se los purgaba por sistema, aun antes de conocer la enfermedad que los aquejaba y como primera medida terapéutica.

Entre los purgantes de mayor uso en nuestro medio se encuentra el ruibarbo, cuyas raíces tienen propiedades medicinales reconocidas aun hoy. Era entonces considerado un purgante suave y muchos autores lo recomendaban para los niños. Se lo recetaba también como corrector de los agrios estomacales y para ayudar la digestión. Era utilizado como tónico en casos de debilidad estomacal e inapetencia, y para desobstruir las vísceras del abdomen en las diarreas y disenterías.

Fue uno de los tantos aportes de la medicina aborígen, siendo conocido en España desde el siglo XVI. Parece haber sido Nicolás Monardes quien le dio el nombre con que se lo conoce. Fue éste un célebre médico español dedicado a estudiar los aportes americanos a la farmacopea universal. Según el P. Furlong, Monardes aplicó la medicina por primera vez a pedido de un enfermo llegado de América, que no lograba curarse con ninguna de las purgas de uso común en España. Ante los resultados obtenidos, el médico español siguió ensayando con ella y, comprobada su eficacia, comenzó a recomendarla, llamándola "ruibarbo de Indias".<sup>22</sup>

Tanto como el sen, fue uno de los purgantes más utilizados por la población porteña no sólo por su eficacia y

suavidad, sino también porque era una raíz común en los alrededores de Buenos Aires y, por lo tanto, de fácil abastecimiento y poco precio.

Pero de todos los aportes que América hizo a la medicina, tal vez el más revolucionario haya sido la quina. Nuestro Virreinato contaba con una de las mejores, la que se cultivaba en los cerros de Calisaya, cerca de Oruro. España, que poseía en el siglo XVIII plantaciones de este vegetal, enviaba por ella al Río de la Plata, tal vez porque la europea se hallaba desacreditada. Carlos IV había ordenado en 1796 que se remitiese anualmente quina calisaya a España. He encontrado Reales Ordenes aprobatorias de contratos realizados en fecha posterior entre la Real Hacienda y particulares para el acopio y entrega de doscientas mil libras anuales de esta quina.<sup>23</sup> El celo real podría estar relacionado con un descubrimiento de 1783, año en que el médico español Masdevall dio a conocer una mezcla de tártaro emético y quina de gran utilidad en la cura de las tercianas malignas, enfermedad frecuente en las zonas arroceras españolas. Aunque la fórmula de Masdevall pasó por muchas vicisitudes antes de ser aceptada, poco a poco ganó terreno frente a la tradicional fórmula de las sangrías en la cura de estas fiebres.<sup>24</sup>

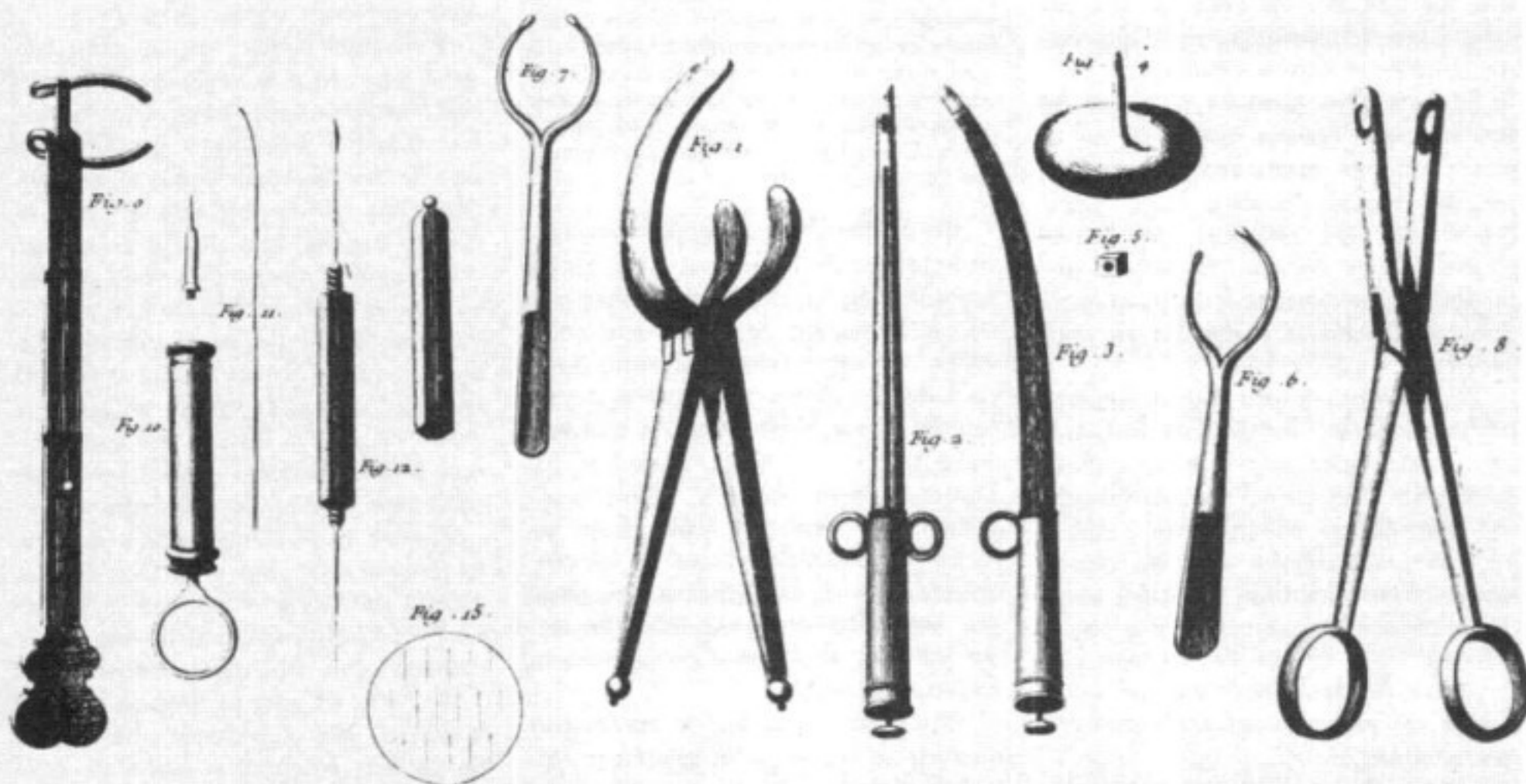
No puedo cerrar este análisis de las medicinas existentes en la botica del Hospital de Mujeres sin referirme a un medicamento sumamente curioso para nosotros, pero que era considerado en la época como una medicina universal. Me refiero a la triaca magna, cuya fama venía desde la época de Alejandro y a la que se creía el



<sup>18</sup> Es en la constante acción y reacción bien medida de los sólidos y fluidos que reside



INSTRUMENTOS UTILIZADOS POR LOS BOTICARIOS DEL S. XVII.



antídoto por antonomasia. Originalmente entraba en su composición la carne de víbora, pero paulatinamente se le fueron agregando otros ingredientes, llegando al siglo XIX con ciento cincuenta componentes. Era una medicina tan preciada que en España su preparación era privilegio de los colegios de boticarios. El respeto que se tenía por ella hace presumir que a Buenos Aires había llegado por vía de importación.

Resultan de sumo interés los conceptos que Saturnino Seguro dedica a este electuario en sus *Apuntes en forma de Diccionario*. Decía Seguro:

"Por más caprichosa que parezca la receta de este electuario, Mr. Parmentier juzga con razón que tanto su antigüedad como sus virtudes deben hacerla respetable; ella es un compuesto monstruoso, que dura y durará siempre, dice Bordeu, que será el escollo de todos los razonamientos, de todos los sistemas, y que jamás se desterrará; ella es acomodada al corazón, al instinto y al gusto de todos los hombres. Ella consuela la naturaleza, la repone en todos los casos de languidez, de debilidad, de tristeza; despierta a las funciones del estómago que se halla siempre en defecto en las enfermedades; excita en el cuerpo un tumulto de embriaguez necesario para vencer los desarreglos... ella es eficaz en mil casos que

parecen opuestos porque es por mil lados favorable a la salud y reúne; por decirlo así, todos los gustos posibles de todos los estómagos."<sup>25</sup>

Como se puede ver, este monstruoso medicamento se abría paso, aún en los comienzos del siglo XIX, entre los descubrimientos de la botánica y de la química. Frente a las fórmulas como la de la triaca y muchas otras semejantes, aparecerá lentamente la reacción que llevará al naturalismo terapéutico y, con el romanticismo, se convertirá en absoluto nihilismo. Poco a poco el siglo que despuntaba iría abonandonando esas medicinas de la antigüedad a las que reemplazaría primero con composiciones como los líquidos mercuriales o los polvos opíacos, y luego con drogas simples como la belladona, el mercurio o la cicuta.

#### Conclusión

He procurado reconstruir, a través de este inventario, un aspecto de la salubridad porteña a principios del siglo XIX.

A partir de él pudimos asomarnos a la botica de la Hermandad de la Caridad, reconstruir su fisonomía y seguir de cerca las operaciones farma-

céuticas que en ella se efectuaban.

El análisis de su biblioteca permitió que tomáramos contacto con los conocimientos de la época, pero que fuéramos también testigos de su difusión en la capital del Virreinato, así como la importancia de las obras en propiedad de la Hermandad de la Caridad.

La breve recorrida por los frascos y potes de sus anaqueles nos dio la oportunidad de recuperar las formas medicamentosas más difundidas, de teorizar sobre sus aplicaciones, y de agregar algunos ejemplos de sus usos en nuestra ciudad en esa época y en las décadas inmediatamente posteriores.

La gran cantidad de inventarios existentes en los archivos —algunos de los cuales no han sido todavía exhumados— son un verdadero desafío para el investigador interesado en este aspecto de la historia social, como también un valioso material de análisis para los estudiosos de historia de la farmacia argentina.

La apasionante tarea de desentrañar fórmulas y recetas de nuestro pasado tiene aún un largo camino por delante.



## CITAS Y NOTAS

- <sup>1</sup> A.G.N. IX 6-8-6.  
<sup>2</sup> Aníbal Ruiz Moreno, *Historia del Hospital de Mujeres* (desde su fundación hasta 1852), Buenos Aires, 1941, pp. 89-90.  
<sup>3</sup> A.G.N. IX 6-8-6.  
<sup>4</sup> Así lo afirman Juan Rancé, *Tratado teórico-práctico de materia médica*, Barcelona, 1773, T. I, p. 161 y Juan Madera, *Curso inédito de materia médica y terapéutica*, (prologo y compilación de Luciano Abeille), Buenos Aires, 1941, p. 75-76.  
<sup>5</sup> Máximo Blasco y Jorro, *Compendio de materia médica*, Gerona, 1825, p. 132.  
<sup>6</sup> Madera, *op. cit.*, pp. 75-76.  
<sup>7</sup> A.G.N. X 36-1-6.  
<sup>8</sup> Marcial Quiroga, "Vicente López y Planes en la Academia de Medicina en 1823", en *Boletín de la Academia de Medicina de Buenos Aires*, Vol. 46, seg. semestre 1963, pp. 387-402.  
<sup>9</sup> A.G.N. IX 7-7-5.  
<sup>10</sup> A.G.N. 13-7-4, 1825.  
<sup>11</sup> Luciano Abeille, *Etapas de la vida*

médico-patricia del Dr. Juan Madera, Buenos Aires, 1942, pp. 51-56.

<sup>12</sup> Aníbal Ruiz Moreno, Vicente Risolía y Rómulo D'Onofrio, "La sanidad militar en la guerra de Brasil", en *Publicaciones del Instituto de Historia de la Medicina*, Vol. XII, T. II, Buenos Aires, 1948, pp. 127-128.

<sup>13</sup> Milne J., Edwards y P. Vavasseur, *Manual de materia médica o sucinta descripción de los medicamentos*, (trad. Luis Ones y José Oriol Ferreras), Barcelona, Imp. D.R.M. Indar, 1835, T. II, p. 133.

<sup>14</sup> Madera, *op. cit.*, p. 60.

<sup>15</sup> *Semanario de Agricultura, industria y comercio*, Nro. 86, 9 de mayo de 1804, en *Biblioteca de Mayo*, Buenos Aires, Senado de la Nación, 1960, T. IX, p. 288.

<sup>16</sup> *Semanario de Agricultura, industria y comercio*, Nro. 35, 18 de mayo de 1803, en *Biblioteca de Mayo*, Buenos Aires, *op. cit.*, T. VIII, p. 279.

<sup>17</sup> *La Abeja Argentina*, Nro. 4, 15 de julio de 1822, en *Biblioteca de Mayo* *op. cit.*, T. VI, p. 5347.

<sup>18</sup> Francisco Cignoli, *Historia de la Farmacia Argentina*, Rosario, Librería y ed. Ruiz, 1953, p. 104.

<sup>19</sup> Cignoli, "Los servicios médicos en la batalla de Tucumán", en *La Prensa*, 23 de setiembre de 1962, 2da. sec., p. 3.

<sup>20</sup> Madera, *op. cit.*, p. 72.

<sup>21</sup> Rancé, *op. cit.*, p. 3.

<sup>22</sup> Guillermo Furlong, *Primeros médicos argentinos durante la dominación hispánica*, Buenos Aires, Huarpes, 1947, p. 26.

<sup>23</sup> Furlong, *op. cit.*, p. 210. Véase además A.G.N. IX 11-7-8 (1805), IX 25-4-7 (Real Orden 3 de diciembre de 1803) y IX 25-3-1 (Real Orden 4 de diciembre de 1807).

<sup>24</sup> Mariano y José Luis Peset, *Muerte en España* (Política y sociedad entre la peste y el cólera), Madrid, Seminarios, 1972, p. 95 y sig.

<sup>25</sup> *Apuntes en forma de diccionario de Saturnino Seguro*, A.G.N. Biblioteca Nacional, VII, 25-3-5.

## Susana R. Frías de Merediz

Profesora de Historia, egresada de la Facultad de Historia y Letras de la Universidad del Salvador.

Se ha desempeñado en la docencia secundaria en diversos institutos y ejerce Historia en el Instituto del Norte.

**Docencia Universitaria:** en la Carrera de Historia de la Facultad de Historia y Letras de la Universidad del Salvador.

Profesora ayudante de Historia de España (1970-76).

Profesora del Curso de Ingreso (1971-72).

Profesora Auxiliar de Historia de España (1974-76) y asociada (1976-78)

Profesora de Historia Argentina y Americana —Escuela de Letras (1978-79).

Profesora Auxiliar del Seminario de metodología de la investigación en la Facultad de Ciencias de la Educación y de la Comunicación Social (1973-75).

Profesora de Historia Argentina II (1980).

Há realizado en el Instituto de Cultura Hispánica cursos de **Política Internacional** y de **Historia Moderna y Contemporánea**; de **Narrativa Argentina y Literatura Contemporánea** en el Instituto de Cultura Religiosa Superior; **Bolívar y el Río de la Plata** en la Facultad de Filosofía y Letras de la U.N.B.A.

Curso estadístico para historiadores  
Equipo de Investigación de Historia Primera parte (1974).

**Publicaciones:** Buenos Aires, su gente,

parte del trabajo en equipo *La vida y la Cultura en Buenos Aires entre 1800 y 1830*, dirigido por el Dr. César A. García Belsunce, Compañía Impresora Argentina,

1976. El trabajo publicado en "Signos" 4 pertenece al mismo trabajo en equipo.

**Congresos:** Miembro de las VII Jornadas del Litoral Fluvial Argentino, 1971. Secretaria del Simposio de Historia de la Farmacia Argentina, Catamarca, 1975.